

El Sol nos da miedo

Puestos a buscar motivos para asustarse, no es difícil encontrarlos. Y el Sol se ha convertido en estos últimos tiempos en fuente de preocupaciones y presagios, a cual más funesto.

Está claro que estamos viviendo un nuevo milenarismo profético que utiliza todo cuanto ocurre para autoconvencerse de estar en posesión de la verdad. Quiero lo primero llamar vuestra atención sobre el hecho etnocéntrico de la inmensa mayoría de "pruebas" del inminente "caos" profetizado. Un ejemplo: el atentado de las torres gemelas, en New York, se utiliza como prueba relacionándolo con diversas profecías, como la de Nostradamus. Pero ¿Por qué debería tener más trascendencia un atentado en el que murieron algo más de 2.700 personas que los genocidios acaecidos en África, con millones de muertos? En realidad la única explicación es que el mencionado atentado ocurrió en el primer mundo, el dominante. Es evidentemente una visión etnocéntrica, que ni siquiera se corresponde con la realidad política del momento en que fueron escritas las supuestas profecías (Norteamérica no tenía significado político alguno en aquel momento).

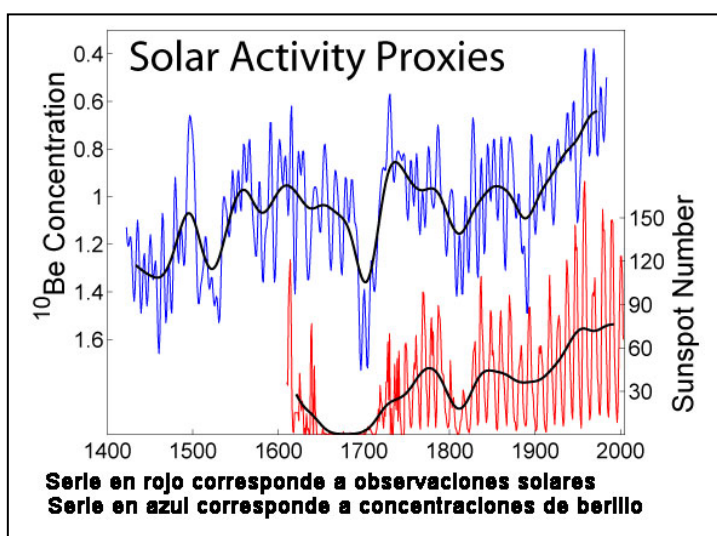
Lo segundo, un hecho que suele pasar desapercibido, y procedente también de nuestro etnocentrismo cultural, la numeración anual es totalmente subjetiva. Decir que estamos iniciando el segundo milenio en realidad no significa nada. Decimos estar en el año 2009 por el hecho de iniciar la cuenta a partir de un hipotético hecho, el nacimiento de Jesús de Nazaret, que ni siquiera está probado. Pero existen otros calendarios: el chino, el judío, el musulmán, etc. Si cambiamos de calendario, automáticamente dejamos de estar en el segundo milenio, con lo que queda clara la subjetividad del hecho.

Pero volvamos al Sol. Aunque en el último siglo nuestro conocimiento sobre el mismo, y sobre las estrellas en general se ha incrementado en forma logarítmica, distamos mucho de tener un modelo completo del mismo. Aunque algunas cosas sí sabemos sobre él, como la existencia de un ciclo de 11 años en el cual su actividad se incrementa y disminuye, relacionando la misma con la aparición de manchas solares.

Las primeras referencias a las mismas las aportan astrónomos chinos del 28 a. C. Posteriormente y a partir de 1610 se observarán con cada vez más atención, lo que dará lugar a un registro pormenorizado desde 1700. El descubrimiento, en el último siglo, de la relación entre manchas, ciclos solares y efectos de la radiación (solar y cósmica) sobre la Tierra, permitirá la estimación de datos hasta un periodo de 11.000 años atrás.

Aunque el ciclo básico es de 11 años, no estamos ante un mecanismo exacto propiamente dicho, ni mucho menos, por tanto es más acertado decir que el periodo es aproximadamente de 11 años. Por otra parte se tienen fundadas sospechas de la existencia de otros ciclos más largos que interferirían el básico. Es por ello que la previsión de los mismos implica una gran dificultad. Demostración de ello es la actual situación en la que hemos pasado de esperar un reinicio de la aparición de las manchas con una actividad solar de alto nivel, a plantearnos la posible existencia de un mínimo de larga duración.

Todo ello viene a cuento porque los defensores de agoreras profecías se "apuntan al carro", sea cual sea la futura actividad solar, para justificar sus sombrías previsiones. En realidad da igual cual sea la verdad. Si la actividad solar se reanuda y el máximo es realmente alto, según ellos, el Sol puede destruir la vida sobre la Tierra. Se habla incluso de una posible explosión que nos "ase" vivos. Pues no, va a ser que no. Imponentes explosiones solares ya las hemos vivido. Y efectivamente han tenido consecuencias negativas para nosotros, pero no en la magnitud que se pretende. En 1989, seis millones de personas se quedaron sin electricidad en Quebec. Una potente explosión solar generó corrientes inducidas a nivel de suelo que afectaron al suministro eléctrico. También los satélites de comunicaciones han sufrido en varias ocasiones los efectos de esas explosiones. De hecho son los que más en riesgo están, al carecer de la pantalla protectora constituida por el campo magnético y la atmósfera de la Tierra. Y son posibles efectos aun más dañinos. En 1859 se produjo una llamarada solar de tal intensidad que se observaron auroras en latitudes casi tropicales, como pueden ser las de Cuba, las Bahamas, Jamaica, El Salvador y Hawai. Los sistemas telegráficos de todo el mundo se sobrecargaron, saltando chispas. El



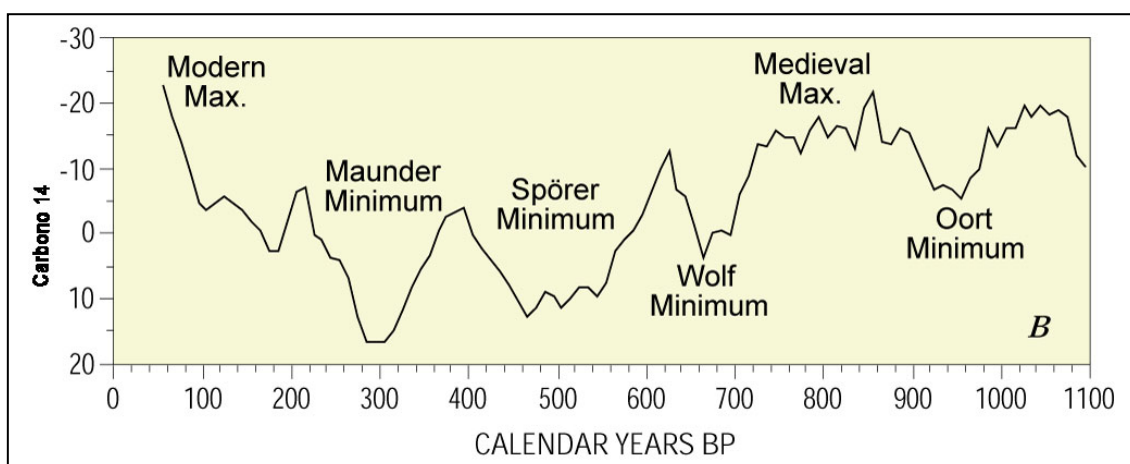
papel telegráfico se quemó y el desconectado las baterías que suministraban la corriente eléctrica al sistema no impedía seguir transmitiendo mensajes, ya que la corriente inducida lo seguía alimentando. Se cree que semejante tipo de explosiones solares se dan de muy tarde en tarde. Que duda cabe

que si se diera actualmente, las pérdidas generadas serían

cuantiosas, al igual que daños y problemas ocasionados. Pero de eso a suponer que acabaremos como un "pollo al ast", media un abismo.

Recientemente y en una película, en mi opinión francamente prescindible, se recurría a este supuesto y se avalaba la teoría en base a recientes observaciones astronómicas. En 2006 se detectó la mayor llamarada estelar jamás observada y, de haber estado la Tierra sometida a una llamarada semejante por parte de nuestro Sol, efectivamente nos habría "chamuscado" (más bien, algo más que chamuscar). Pero como suele ser habitual el hecho se saca de contexto y se aplica mal. El Sol es una estrella de tipo G, a mitad de su vida y por tanto muy estable. La estrella en cuestión es una gigante roja, bastante inestable y acompañada de una segunda estrella, lo que hace presumible que tal acontecimiento tenga mucho que ver con los efectos gravitatorios del sistema binario.

La otra cara de la moneda es el posible inicio de un periodo semejante al "Mínimo de Maunder", que abarca un lapso de 70 años (1645-1715) y es coincidente con la llamada "pequeña glaciación". En este caso, los apologistas del Apocalipsis, dando un giro de ciento ochenta grados, nos enfrentan a una hipotética glaciación, tan destructora como la opción anterior. O nos llega la muerte por calor, o nos llega por frío. Es verdad que durante el "Mínimo de Maunder" los veranos fueron frescos, los inviernos rigurosos y se resintió la agricultura. Pero también es cierto que la supervivencia de la humanidad no estuvo en peligro. Y que también ha habido otros mínimos, aunque no tan intensos, como el de Spörer (1450-1540), el de Dalton (1790-1820) y hasta un total de 18 en los últimos 8000 años.



Nuestros conocimientos sobre el Sol son aun demasiado pobres para que tengamos la capacidad de realizar pronósticos altamente fiables y precisos sobre las variaciones de su actividad. Pero si sabemos que

esta estrella está en un periodo de estabilidad, que las variaciones en su actividad están reducidas a unos márgenes ya experimentados con anterioridad y que los efectos de los mismos no implican un peligro próximo a la extinción (aunque puedan causar serios problemas).

Buscar tres pies al gato y dejar desbocar la imaginación es simplemente absurdo e irracional.

Sería más útil preocuparse por nuestra propia actuación como especie. Es más probable que seamos nosotros los que nos autodestruyamos que sea una de esas tan temidas y apocalípticas catástrofes.